HÉCTOR ÑAUPARI

SALAMMBO







Héctor Ñaupari

Salammbo



Colección
Lima Lee





HÉCTOR
ÑAUPARI

Héctor Ñaupari

Nació en Lima, Perú, en 1972.

Poeta, ensayista, abogado, conferencista internacional y profesor universitario, con estudios superiores y maestría en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Perú) y doctorado en la Universidad de Salamanca (España). Es autor de los libros de poesía *En los sótanos del crepúsculo*, *Rosa de los vientos, Incendio que me envuelve, Toda rama es aire*, *Malévola tu ausencia* y *La boca de la sombra.* Escribió los libros de ensayos *Páginas libertarias*, *Libertad para todos*, *Sentido liberal*, *Liberalismo es libertad* y *Por esta libertad*. Es coautor de las antologías *Poemas sin límites de velocidad, antología poética 1990–2002* y *La hoguera desencadenada, antología poética del Movimiento Cultural Neón 1990–2015*. Preside el Instituto de Estudios de la Acción Humana. Ha sido presidente de la Red Liberal de América Latina (RELIAL).

Salammbo
©Héctor Ñaupari
©Festival Internacional Primavera Poética

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

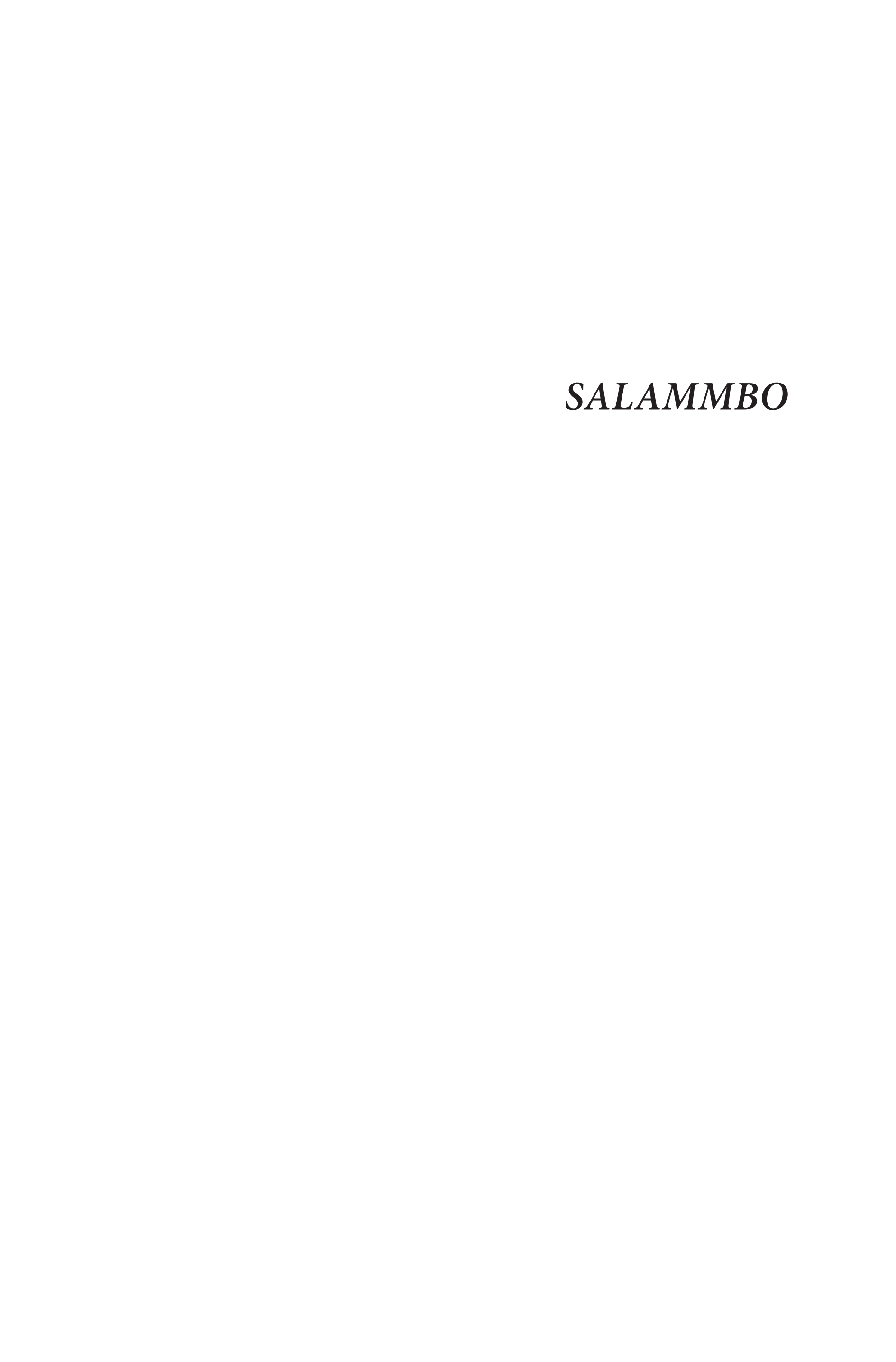
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



SALAMMBO

Cuéntame los asuntos, Musa, de la dorada
Afrodita de Chipre que en los dioses excitó el deseo dulce
y sometió la raza de los hombres sujetos a la muerte
y las aves que cruzan los cielos, y las fieras
y todo lo que cría la tierra en abundancia
y lo que cría el mar: a todos los atañen los asuntos
de la bien coronada Citerea.

Anónimo, *Himno homérico* a Afrodita.

Su cabellera, empolvada con finísima arena de color violeta y peinada en forma de torre, a la usanza de las vírgenes cananeas, le hacía parecer más alta de lo que era. Trenzas de perlas que arrancaban de sus sienes caían hasta las comisuras de su boca, roja como una granada entreabierta. Llevaba sobre el pecho un collar de piedras luminosas, que imitaba por la variedad de sus colores las escamas de una lamprea. Sus brazos, adornados de diamantes, salían desnudos de su túnica sin mangas, constelada de flores rojas sobre fondo negro.

Gustave Flaubert, *Salammbo*.

Salammbo

Diosa
si el filo de la espuma está conforme
con el diseño de tus labios,
tu sonrisa repite lo levísimo
del azul que te dio vida perenne.

Aníbal Núñez, *Nacimiento de Venus*

Y todavía está en mis pupilas tu rostro abandonándome. Esa lágrima última, salada como el sudor que nos cubría cada tanto, cada desenfreno callado, cada apalancarte en mis caderas y mover al mundo entero, nuestro mundo, a tu compás deslavado e inmisericorde.

Y todavía sueño.

Sueño con calles estrechas o escaleras que descienden a la nada en la noche, sin llegar nunca a la acera final, como

esa tarde en que por tu culpa, tu gran culpa, buscábamos desesperados el cuarto definitivo de ese hotel laberíntico, Centro de Lima a media luz, semanas de no vernos y tanta prisa y ropa por dejar abandonada como un lastre o un ejército en el que no se desea combatir más, pero sí pelear en nuestros cuerpos hasta dejarnos la piel en la batalla y encontrarnos en el génesis de lo que debimos ser y en tan pocos momentos fuimos.

Y todavía sueño.

Sueño con cada caricia tuya que está hecha
a imagen y semejanza de la primera, Salammbo.
Por eso soy un incendio que sucumbe.

Y todavía sueño. Me sueño condenado a ser tu sombra,
Salammbo: tan próximo a tu cuerpo y sin poder tocarte.
Tan estrechamente mirarte y verte pasar sin poder
enhebrarme a ti con cada uno de mis hilos. Hoy que somos
enemigos severos e implacables, nuestro amor yace al lado
de tantas cosas abandonadas y yermas, olvidado cariño al
que ninguno llama.

Tan solo imagina la daga de la memoria enterrada en el corazón y cuya hoja, oxidada ya, hecha una con el cuerpo, se saca arrasándolo todo para volverse a clavar en la misma llaga. Maldita sea esta nostalgia tuya que me acuchilla el corazón, Salammbo.

Y todavía te sueño arrebatada en los peldaños de mármol de la casona donde nos tuvimos. Yo me fui del mundo, de mi destino, me fui de ti, fui tu fantasma, y todo para qué. Aún estás allí, llamándome desde tu boca que me abandona y se aleja.

Y todavía está en mis pupilas tu rostro abandonándome.

Pies dorados

Vuela mariposa del amor
juguete del destino

Luis Abelardo Takahashi Núñez, *Engañada.*

Me llaman el poeta. Digo que vivo creando presagios y provocando masturbaciones con mediocres historias. Pero solo respiro para conocer la noche de tu cuerpo y su única luz, la que me brindan tus pies escarchados desafiando la penumbra de ese aire sudado y rancio, como amoníaco lanzado a la intemperie, donde te encuentro. Ven y tómame rápido, que tus compañeros esperan, susurras.

Pensar que necesito un burdel para tenerte a mi merced.

Para ser lo que esperaste, Pies Dorados, un animal extraño, un esperpento sin forma definida, mitad un perro acuartelado y de piel empapada de salitre cada día, mitad un gato de pelo suave y desordenado, ansioso de

restregarme en ti cada tarde que muere. Debo pasar por una cama tan alta como una escalera agolpada en la roca viva y tropezar embriagado con mi futuro para llegar a ti, a tus talones de verano, a tus tobillos sutiles y deliciosos.

Niebla que arde, agua que enciende, Pies Dorados, harto estoy de tus continuos reproches, espero no cruzarme en tu camino, me dices, no tienes ni el recato de fingir los orgasmos, tanto así me desprecias, mejor escupirme a la cara que falsear la vida de ese modo.

Entonces me ofreces tu espalda enderezada por el deseo. Ahora te agitas indómita y tus empeines como lilas encendidas alumbran con su remota luz nuestro breve amor asaeteado por mil sombras. Tú eres ellas. Es todo lo que en este invierno me queda de ti.

Tus pies dejando su oro en mi cuello como el rastro ajado de un navío translucen ahora como el alcohol generoso que nos encendía. Y acabamos.

Ya afuera, exhausto, pasando a empellones la hilera que prosigue, infinita, me digo: permaneceré para siempre tendido en ti como una calle en la que ya nadie cruza. Por

eso, cuando aquellas que me amen en todos los años por venir pregunten, ¿qué te ha pasado?, diré: es Pies Dorados la que me ha invadido y despojado.

Tu amor por mí era como un acantilado que el océano desgaja ola tras ola. Quisiera ver ahora al susurro, a la resignación, al crepúsculo, al tiempo, pero no podré hacerlo nunca, como a ti.

¿Por qué ahogas mi calma con tu clítoris frío, pero insaciable, Pies Dorados? ¿Por qué desangras mis clavículas con tus depravadas caricias? ¿Por qué vienes a mí, Pies Dorados, una vez más, cada noche, como la ola, como la niebla, como la lágrima, como la sal, como el rocío, como la sangre, como la muerte?

Con tu venida en mi poema, como me venía entre tus dedos como alondras pequeñas y perfectas en su piar, regreso a las noches de ronda y las inútiles historias. Y ahora, que intento vanamente permitir que no sobrevivas en mi memoria, cuando todos duermen, imagino verte pasar en la *Rue* de Tournon y entonces, escribo: —*Cuatro— dijo el Jaguar*.

Miel

¡Oh, mi pequeña amada, mi terrible secreto!

Alejandro Romualdo, *Ser diluido.*

Otra vez al partir, revivo al recordarte, Miel.

He renacido en los días que detuvimos por siempre en la memoria para acodarlos en la punta del deseo y a espaldas de la nostalgia, esos días de topacio inundando las nómadas recámaras donde dormimos, esos días secretos en que huimos de los cuervos que nos separan, esos días en que engañamos al tiempo.

Otra vez, Miel, escapamos de la intrascendencia y las convenciones para ser nosotros, en la discusión o en el miedo, en el juego o el beso que nos une y nos separa.

Otra vez, Miel, transitamos por aeropuertos y estaciones, por tierras frágiles y senderos nuevos, por el voluble sol que sale cuando todo anunciaba el frío.

Otra vez, Miel, le arrebatamos al destino decirnos adiós entre el abrazo y la desolación, entre tus salidas al límite y mis puntuales itinerarios, en esa mala desesperación mía, histérica ante tu dejarte llevar, en ese escarceo tuyo ante lugares recién descubiertos a nuestros ojos, en esa ventaja de minutos que ambos pensamos jamás tendríamos.

Otra vez, al partir, te marchas, Miel, y un silencioso estruendo de melancolía aparece en mí como un ritual ingrato de tanto repetirse, sucesivamente mostrado en nuestros escapes migratorios de gorriones y busardos.

Otra vez, al partir, Miel, me quedo en vigilia viéndote dormitar siempre al lado izquierdo de la cama, y te acaricio como a esas cosas olvidadas deliberadamente, una blusa en el clóset o amarnos la última noche.

Otra vez, Miel, no eres tú, soy yo, decías entre lágrimas para dejarme, como invocando un sortilegio que viene de antiguo, cuando las brasas y las cascadas les hablaban a las mujeres ascendientes, les contaban sus secretos y revelaban sus nombres a los dioses que aún no existían.

Una vez más el amor atestiguó nuestro fugitivo júbilo frente a las cortinas solares que nos invadían, nos arrasaban, nos quemaban en una fogata de infranqueable luminosidad, necesaria desde nuestros orígenes, dio fe de las botellas de vino idas y bebidas, las osamentas de mantas, sábanas y besos cubriendo nuestros cuerpos indomables e imaginados, y del ángel que salía de mí cuando te abrazaba, otra vez, al partir.

Otra vez, Miel, en la estación presente, te escribo, mientras la congoja de tus maletas empaca recuerdos ya albergados en nuestra memoria y el espíritu del adiós pretende enmudecerme, pero es vencido por esta saudade inusitada, mientras espero que vuelvas del otoño que te desnuda apartada del verano de mis ojos, de mis caminatas cotidianas, desde donde aguardo la sigilosa rotación de tu retorno.

Ofrenda

Has prevalecido entre mis frágiles días como ese mausoleo que venciera al tiempo en cada uno de sus límites.

He de recompensar tu persistencia con dos lámparas para ofrendarte:
en una he recogido la ventisca intacta de las selvas
y en otra he robado el cierzo melancólico del norte,
ese que siempre me pediste.

También traigo desde mi acantilado corazón dalias y antorchas
dátiles y azucenas,
y una implacable promesa:
permanecer siempre en ti entre las ruinas de la capital que quisimos para nosotros
y que no desaparecieron.
¿Qué dirás entonces?

¿Me mostrarás acaso esa indefensa desnudez que protegía cuando soñabas con soldados y fantasmas?

Entonces veo tus vestidos deslizarse de ti
como el vino de una copa desbordada,
y en el deleite de tus pezones seducidos por esta boca mía que los profana, escondida e interminable
da comienzo
este amor inclemente y enardecido que es el nuestro.

Cuando todos duermen

Lávame en la candente ceniza de tu cuerpo,
vierte tu dolorosa palidez en mis manos,
y antes que el crepúsculo descienda de los bosques
a tenderse en la arena como un lagarto acuchillado,
desgárrate los muslos con mi flecha de seda.

César Calvo, *Ausencias y Retardos, III.*

En ese instante en que todos duermen
en ese minuto que convierto en un tiempo detenido para poseerte
voy al departamento estoy a tu encuentro
y allí estás
furioso incendio que me envuelve
te despojo sin pausa de las bragas que te apresan
mis manos son ruiseñores que te desnudan en tu bosque espesura
tu piel es el sol que me alimenta
y en tu nostalgia
soy un barco a la deriva abandonado
entre tus piernas como olas

y nada me detiene
y nada te detiene

entonces me tiendes sobre el mueble
y soy la presa cogida en la yugular del deseo
arañas, rasgas, te abres camino con tus fauces plenas hacia mi carne viva

sangro y te deseo

me transformo
en la víctima propiciatoria

el alarido que no cesa

y nada te detiene
y nada me detiene

pues soy el fauno que te tensa como un arco
y soy también la flecha que perversa
se hunde en ese rincón tuyo suave y secreto inesperadamente
ese aroma arcano que solo tú y yo conocemos lo invade todo
las olas el arco tenso de tus muslos mi piel en carne viva

y nada nos detiene

no nos importa el futuro o los amantes que poseímos o que
nos poseyeron

solo tus talones en mi espalda espoleándome

solo tu sudor que me traspasa y se evapora y es luego el rocío
que se empoza debajo de tus pechos y en tus caderas

solo el grito entrecortado, enhiesto, audible, apenas ahogado
por nuestras lenguas serpientes que ferozmente se devoran

solo tus manos esforzándome a darte más de mí

solo este tiempo intenso como el último minuto de la noche

en que más unidos que nunca nos abandonamos

y huyes de mí y yo de ti

y nada nos detiene.

Letanía

En esta heredad negra y transida por las estampidas sucesivas te invoco, como la niebla enfebrecida era acogida por las primeras estaciones hasta su gota última.

Entonces recuerdo el íntimo roce de tus hombros
y la cálida brizna de tus dedos crispados en mis muslos.

Terminó el festín: carnes y especias dispersas en tu espalda que cogí inesperado con mi lengua.

Te he perseguido en mi propio rostro surcado por el láudano.

Ansiaba verte con el ojo izquierdo del corazón.

¿Por qué extraviarte en otros para tenerme?

Nadie como tú desnudaba mis versos, como yo mismo me deshacía de tu blusa o tu pasado

y así llegábamos al amor como el primer rumor del ruido que se prolonga hasta ser el acorde sostenido y lívido que ahuyenta al silencio fugitivo e indemne.

En la mesa servida apartaba con violencia los platos y los vasos para morir en el sabor salado de tus paladares incógnitos y renacer en el aliento benigno que brotaba de tus labios.

Mi cuello era en esa fría hora, la tierra nueva, el territorio agreste que tus pies hollaban inmaculados.

Hoy, sin embargo, todo es ceniza
una sed inagotable
un laberinto de tinieblas.

Elogio del buen amor

…puesto que yo soy eso,
yo soy lo que el murmullo de aquellos bebederos
me dejó en el oído, soy el rico sabor
que entregó el bello fruto, una vez, a mis labios...

Rainer Maria Rilke, *A la esperada.*

Aún no llega la hora plena de claridad y te veo estremecida en una esquina de la cama.

La alcoba a oscuras nos traiciona y muestra el caos en que fuimos marinos a la deriva,

enloquecidos cálices de crisantemos dorados arrebatados por el goce de los colibríes.

Las sábanas se diluyen en tu cuerpo de gladiolos, tus nalgas conservan el carmesí de nuestros secretos alegatos.

Nuestro buen amor
ha sido un perfecto salto al vacío.

Ah, tus caderas vibrantes tensadas entre mi cuerpo como el miedo intuitivo de un acróbata ciego.

Este largo amor nos mantuvo despiertos

como una espera que no da tregua alguna

semejante a un soneto que repica y refulge al mismo tiempo

y que cedió sus pausas a los puntos suspensivos

que sueltan los cabellos de tu imaginación.

Nuestro buen amor

tiene el sabor de la piel recién lavada.

Ahora te miro
con ese mismo asombro antiguo del que escribió el poeta.

No te recuerdo como hace un instante, en esta misma alcoba donde en su hora más umbría,

te presentabas ante mí más nítida que un mediodía de enero

y donde impacientes y urgidos nos acometíamos tensos y sobrecogidos como dos duelistas,

sin más motivos que esta impaciencia por tocarnos,
sin más armas que

nuestra piel sudorosa y febril,

nuestra piel anhelante

como una adolescente que se toca desnuda por vez primera,

viniendo a mí

sin más dote que tu furor por cabalgar embelesada en mi cuerpo y sostenerte en mi pecho sorprendido por el feroz arrebato de tus manos, devorado por el clavel tinto de tu boca

suplicante de ti como un viejo vigía desterrado del mar

en ese instante
 en que por fin la luz te toca y me llamas.

XXVI

No lo que pudo ser: es lo que fue.
Y lo que fue está muerto.

Octavio Paz, *Biografía*.

¿Quién podrá creer que hicimos esta travesía inmóviles?
¿Acaso la ciudad que mata mariposas en tu pubis?

Nadie comprenderá que tu alma es un negro torrente de hielo que sepultaba mis pesadillas con su punzante oscuridad.

Yo, eclipse escultor de sílabas como estallidos, ¿no te dije jaspe almibarado que corta mi lengua en pedazos con solo tocarla?

¿Acaso no susurré en tus oídos que eras la apócrifa impresión de un amanecer medieval, donde se repiten inasibles las nubes cirros y cúmulos?

¿Qué eras?

¿Cómo definirte en los tiempos en que estábamos rodeados de cadáveres palpitantes?

Tal vez decir: en esos días eras la triste Afrodita de un Olimpo olvidado.

A cada hora nos acechábamos. Mientras otros pretendían ser parteros sangrientos en montes y arenales sombríos, nosotros solo mordisqueábamos nuestras débiles almas, mientras caminábamos ansiosos entre las ruinas de un claustro moribundo.

Y allí, en medio de las carpetas carcomidas por las ideologías inflexibles y el deterioro de los años, te estrellabas diariamente en mis rocas testiculares.

Allí eras solo tú: tus nalgas de piedra negra y ardiente encabritadas sobre mí y dentro de mí. Todo temblaba bajo tu silenciosa orgía. Pero nunca pronuncié ni un gemido, ni me dejé atrapar por el leve anuncio de tu aliento. Los dos conteníamos la respiración como si el mismo mundo hubiera dejado de respirar.

¿Acaso lo has olvidado?

Yo, jalando tus cabellos, poseyéndote en mí,
matando mis sueños como quien corta las cabezas de los grillos en los patios, sin someterme a la ansiedad que precede a las pestes y las revoluciones.

Nos daba lo mismo amarnos en el pálido abril o en el tibio noviembre. Escapábamos del cólera y de un millar de ojos inquisidores e innombrables, sumergidos en los escombros de un país abismal e incomprensible.

Eras la eterna huida: en esos rincones te convertías en Penélope o Betsabé, Madame Bovary o Nannerl, o sabe Dios qué otra amante fugaz de mis torpes y masturbatorias novelerías, de los poemas que leía a escondidas de todos, de los versos que te dediqué e hice consumir en tus hogueras manos.

Pero nunca supe, ni sabré jamás, porqué te gustaba amarme en esos lugares sucios y llenos de insectos pensativos.

Quizás porque allí podías desafiar a todos los seres vivientes que eran para nosotros el mismo barro muerto.

Quizás porque sabrías que nunca seríamos descubiertos.

Tampoco te lo pregunté. Yo estaba embebido de tus cabellos desgarrándome el rostro, ebrio de tu trote silencioso hasta mi cuerpo fatigado por las

letanías de óxidos y alacranes.

Disfrutaba las heridas que dejabas en mi lengua cuando la diluías en tus pétalos labios. Me gustaba mantenerlas abiertas raspándolas contra el paladar. Pero deseábamos más. Ávidos de enredarnos como constrictores que mutuamente se devoran, tuve que robar para que acabáramos en hoteles breves y malignos como un beso de Judas infinitamente repetido.

Nunca nos atrapó el crepúsculo. Habitantes de la noche o el día, pero jamás del atardecer, despertábamos a veces al borde del alba cubiertos con nuestras pieles expuestas y cosidas a nuestros tendones y músculos como el cuero de las lágrimas.

En esos días todavía creía en que nada nos impediría amarnos sin tener que mentirnos.

Tú creías en mi amor puro como un jaguar
y yo te preguntaba en mis versos si eras la ninfa ansiosa,
o el desesperado cervatillo que se acerca al cazador sinuoso sin saberlo.

Pero era tarde. Abandonado del mundo y de tus óvulos, me había convertido en la delgada lengua de la serpiente, una brutal barracuda despedazando hipocampos y caracolas.

A mí llegaron sin haberlas llamado, danzarinas seráficas y amazonas azules, hembras pálidas y terribles como los huracanes afilados que habitan en la mitad del mundo. Ellas desvanecieron tu amor hirviente y exquisito, lo arrancaron de mis ventrículos sangrientos, lo desollaron y extendieron su piel en la árida arena del desierto sin ocaso del sur.

Solo eso querían. Los primeros minutos del amanecer me descubrieron deshecho y desolado, casi una sombra de un Prometeo marchito.

Y entonces lo descubrí. Nunca hubo albas ni anocheceres, ni versos ni inquisidores, solo el irremediable tránsito

de los años al que me sometí por ti sin reconocerlo: una torpe oscuridad que jamás fue un crepúsculo, solo los sótanos por los que llegué a ser esto que soy, esta tierra en penumbras, esta nostalgia solitaria y este poema que nunca tendrá nombre.

El resplandor celeste de tu cuerpo

¡Hoy el espacio muestra todo su esplendor!
sin freno, sin espuelas, sin bridas.
¡Partamos, cabalgando sobre el vino
hacia un cielo mágico y divino!

Charles Baudelaire, *El vino de los amantes*.

Permite que ciego quede ante el resplandor celeste de tu cuerpo,
Afrodita desatada entre mis brazos.

Tal vez tengamos el tiempo de un suspiro que hurto de tu boca para amarnos:
recodo laberíntico donde te encuentro para perderme,
ígnea rosa cuyo ser real jamás conoceré.

Conservemos este instante como un sigilo,
imaginado como un unicornio en nuestro último sueño.
Ardor eterno y breve, escanciado como el clavel entre los petirrojos.

Jazmín mío,

me acuso de no poder dejarte,
cuando tú siempre me abandonas.

¿Qué será de mi alma sin la refulgencia que nace de tus pechos?

Unas montañas que desaparecen ante la luz
insomnio que muere ante la flama
el espacio que nos une, el vino que nos desata.

Tormenta de sol como la luz ópalo de tu piel, mi amada,
que me traspasa, que me desasosiega,
que se apodera de mí
y es el viento que deja sin rumbo a la hierba, que soy yo, deliciosa sirena,
el resplandor celeste de tu cuerpo es mi única patria.

Letanía

En esta heredad negra y transida por las estampidas sucesivas te invoco,
como la niebla enfebrecida era acogida por las primeras estaciones
hasta su gota última.

Entonces recuerdo el íntimo roce de tus hombros
y la cálida brizna de tus dedos crispados en mis muslos...



Colección
Lima Lee

